

19 AÑOS DESPUÉS DEL MAGÍSTER

JOSÉ MARÍA VERA*

En este artículo pretendo revisar algunos de mis recuerdos a lo largo de estos 19 años, desde que cursé el Magíster del IUDC (antes del CEDEAL). No haré un recorrido exhaustivo y detallado por la historia de la cooperación para el desarrollo en España, tampoco aspiro a la exactitud en los datos y las fechas. Dedicaré estas líneas a desarrollar una mirada personal sobre la evolución en España de la lucha contra la pobreza así como sobre las ideas y los valores que han determinado la acción a lo largo de este tiempo. Y todo ello a la luz de los conocimientos y oportunidades que nos ofreció el Magíster como entrada a esta apasionante tarea.

Cuando cursé el Magíster trabajaba en Técnicas Reunidas como ingeniero de proyectos. Ya me había acercado a la cooperación para el desarrollo como voluntario durante un año en Cusco. Sin embargo, a mi vuelta de Perú decidí trabajar unos años en la empresa, siendo destinado la mayor parte del tiempo a proyectos llave en mano de plantas químicas en China, financiados por el Fondo de Ayuda al Desarrollo (FAD). De hecho mi tesina de Magíster fue sobre transferencia de tecnología en el marco de estos grandes proyectos de ingeniería.

Por más que algunos profesores del Magíster se empeñaran en abrirnos los ojos a otros actores e instrumentos, la realidad era tozuda: la cooperación en España en esos tiempos era el FAD y poco, muy poco más. Y no cualquier FAD. El margen bruto de esos grandes proyectos (de entre 30 y 100 millones de euros de presupuesto en las pesetas de entonces) estaba en el entorno del

* Alumno del Magíster en Cooperación Internacional en 1993, posteriormente trabajó en Intermón Oxfam, y formó parte de la Junta Directiva de la Coordinadora de ONGD-España. Actualmente es Director de Planificación de la Secretaría para la Cooperación Iberoamericana de la SEGIB.

15 por ciento. El margen financiero podía superar esa cifra. Ni siquiera se cumplía con la exigencia de vincular las compras a producto nacional al completo ya que en la cadena de suministro de equipos se salía con facilidad a Europa.

Los proyectos se hacían bien y la tecnología quedaba en el país, la China de hace 20 años. Sin embargo estos proyectos eran un fiel reflejo de la aproximación de la empresa a la cooperación, exclusivamente comercial y financiera sin ningún tipo de consideraciones asociadas con el desarrollo o con el medio ambiente.

Una larga batalla esta del FAD. A pesar de que su presencia en su faceta comercial es menor, su reforma se ha demorado más de 19 años, los que ha tardado España en honrar el compromiso de desvincular por completo su Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD).

Al año de concluir el Magíster entré en Intermón. De algo debió servir el Magíster. O de mucho: como motivación adicional para dedicarme profesionalmente a la cooperación y como un activo más a la hora de pasar los demoledores procesos de selección de mi antigua casa. Con un pequeño y comprometido equipo impulsamos la presencia de esta ONGD de origen catalán en Madrid.

No recuerdo que en el Magíster se dedicara mucho tiempo a las ONGD. Por aquel entonces el sector no gubernamental se encontraba en un nivel de desarrollo incipiente, destacando las organizaciones católicas, evolucionadas desde los secretariados de misiones, y las laicas progresistas que consolidaban su institucionalidad a partir de los comités de solidaridad. Algunos sectores profesionales, como los ingenieros, impulsaban organizaciones de su ramo.

La Coordinadora de ONGD ya se había constituido y contaba con un reconocimiento notable para la juventud del sector. Algunos históricos como Ángeles Yáñez-Barnuevo, Alfonso Dubois o Lluís Magriñá establecieron las bases de lo que ha sido hasta hoy un ejemplo de plataforma unitaria en un sector social diverso como pocos. En aquellos años se inició la profesionalización de este sector con la llegada de jóvenes profesionales, muchos con experiencia en el terreno y algunos con formación específica. De hecho buena parte de los primeras incorporaciones a Intermón Madrid habían cursado el Magíster, por aquel entonces una de las pocas ofertas formativas de calidad en este campo.

Eran tiempos de juventud también en el conjunto de la cooperación para el desarrollo española: sin marco legal, con presupuesto escaso, peso político nulo y capacidades institucionales limitadas.

Entre 1994 y 1996 tuvieron lugar las terribles crisis humanitarias en los Grandes Lagos y las movilizaciones y huelgas de hambre a favor del 0,7 por ciento. Éstas fueron impulsadas por individuos de carisma y militancia: Juan Luis Herrero, Pablo Osés y otros, apoyados por colectivos sociales y con las ONGD acompañando la movilización, un tanto a remolque de ésta.

Desde el incipiente departamento de estudios de Intermón aportamos contenidos, análisis y sustento a las demandas de las movilizaciones. De esa época es el primer informe de la Realidad de la Ayuda dirigido por el inolvidable Nacho Senillosa. Motivación y militancia había a raudales, aunque tal vez no había tanto conocimiento de cooperación para el desarrollo entre los sectores movilizadas. Pocos habíamos estudiado con profundidad estos temas y algo pudimos aportar los ex alumnos del Magíster que nos movimos por allí.

Fue un tiempo intenso y vertiginoso, empujado por el corazón más que por la cabeza. Las reivindicaciones tuvieron un fuerte contenido político. No era el momento de los tecnicismos sino de los principios y valores que debían asentar el compromiso político y social a favor de una cooperación solidaria, bien dotada de recursos y dirigida exclusivamente a la lucha contra la pobreza.

A quince años vista considero que lo ocurrido en aquel tiempo influyó de manera determinante en la cooperación para el desarrollo en este país, al menos hasta 2004 y tal vez hasta hoy. Ahí arrancó, por ejemplo, el grueso de la Cooperación Descentralizada, empujada por tiendas de campaña plantadas en cada plaza mayor. Como contrapunto, hoy estamos asistiendo a la demolición progresiva de la cooperación municipal e incluso de algunos gobiernos autonómicos. Una laminación azuzada por la situación de las finanzas públicas y también por ataques ideológicos desde posiciones conservadoras que son débilmente rebatidos desde el sector social que defiende la lucha contra la pobreza.

El final de las movilizaciones y la firma de los pactos con los principales grupos políticos coincidieron con el inicio de la primera legislatura del PP. Cuatro años de los que puede hacerse un balance global positivo, especialmente de los primeros tres en los que se aprobó la Ley de Cooperación aún hoy vigente, se incrementó ligeramente la AOD y se forzó desde la SECIFI de entonces un enfrentamiento desigual con Comercio a cuenta de los FAD y del liderazgo de la AOD.

En ese tiempo me hice cargo del departamento de Campañas y Estudios de Intermón, ya Oxfam. Creo que uno de los aspectos a destacar de aquellos años fue la internacionalización del trabajo y la ampliación del abanico de temas

abordados; de la cooperación para el desarrollo a la agenda del desarrollo y la coherencia de políticas. Las campañas de Oxfam abarcaron del comercio internacional al de armas en alianza con otras ONG. Las movilizaciones sociales abandonaron el O,7 y la AOD para centrarse en la deuda externa y en la rebeldía contra la globalización económica y financiera.

La financiación hacia las ONGD también creció, especialmente la proveniente de ayuntamientos y gobiernos autonómicos así como la privada, aunque ésta se ha concentrado siempre en media docena de organizaciones. Estos recursos se sumaban a los provenientes del gobierno central y de la UE y, combinados con una creciente complejidad de los requisitos asociados a las subvenciones y con la incorporación progresiva de profesionales en las administraciones públicas, derivaron en unas necesidades formativas mayores.

Como respuesta a esta necesidad surgieron nuevos cursos de postgrado en cooperación, generalistas como el Magíster del IUDC, y también otros orientados bien a la agenda del desarrollo amplia bien a la especialización con énfasis en la gestión de proyectos. El marco lógico nos colonizó.

Con un sector en crecimiento y en proceso de maduración llegamos al final de la primera legislatura del PP, cuando se frustraron las expectativas generadas por la Ley frenada en su desarrollo reglamentario y en un primer intento de Plan Director que no llegó lejos.

La segunda legislatura del PP fue nefasta, un tiempo oscuro en la historia de la cooperación española. Desde la SECIPI se marcó una línea de alejamiento del creciente consenso internacional sobre la AOD, despreciando cualquier atisbo de multilateralismo y apostando por una cooperación interesada. Los incipientes avances de la legislatura anterior quedaron ahogados en medio de conflictos que incluyeron chantajes usando las subvenciones como arma y un claro intento desde el gobierno de romper la Coordinadora de ONGD y desmembrar el sector.

A punto estuvo de conseguirlo. A duras penas aguantó el envite un sector aún inmaduro y dependiente tanto de la financiación pública como de las relaciones con el poder. En esos años participé en la Junta Directiva de la Coordinadora, presidida por Alfons Sancho y Marga Usano, y con compañeros maestros como Miguel Romero.

La dureza de ese tiempo es una muestra de que la solidez institucional, la financiación diversificada y la capacidad y formación del equipo son importantes. Sin embargo, por encima de todo esto, están los valores y principios, aquéllos que se ponen a prueba en el día a día y sobre todo en situaciones tensas

y extremas como la vivida. Una buena formación técnica, como la que dan los cursos de posgrado, sin un bagaje de peso en militancia, compromiso político y capacidad de renuncia, apuntalarán un sector de ONGD capaz en lo profesional aunque asimilable a la consultoría.

No todo fue negativo en aquella segunda legislatura del PP. La tosquedad y el extremismo de las políticas y de la práctica abrieron un buen espacio para plantar ante la opinión pública, de nuevo y con fuerza, algunos mensajes clave sobre lo que debe ser la cooperación para el desarrollo, en las antípodas de lo que se estaba haciendo. Tanto en medios de comunicación como en la Comisión de Cooperación del Congreso se reprodujeron duros debates e intervenciones que asentaron buenas bases para el futuro.

La creciente oferta formativa desde las Universidades ya se estaba compaginando con una capacidad investigadora notable desde centros como el ICEI o el propio IUDC, entre otros, que aportaban contenidos y estrategias en buena combinación con los análisis, demandas y propuestas realizadas desde las ONGD. El programa electoral del PSOE se abrió a estas propuestas que habían ganado en contundencia y solidez durante los años anteriores.

La victoria del PSOE en 2004 abrió un periodo de esperanzas concretadas en realidades y avances notables en la cooperación para el desarrollo española. Es un hecho que nunca la lucha contra la pobreza había sido una de las prioridades del gobierno ni había contado con el respaldo directo de su Presidente. Ello unido a una Secretaría de Estado con el empuje de Leire Pajín propició un crecimiento rápido de los fondos de la AOD abriéndose al tiempo el proceso de reformas imprescindibles, especialmente en la AECID.

En 2006 me incorporé a la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB) donde trabajo en los programas de cooperación intergubernamental que cuentan con el aval de la Cumbre Iberoamericana y en el fortalecimiento de la Cooperación Sur-Sur. Tras años en las ONGD, abordar la cooperación desde un organismo internacional es una experiencia interesante. Trabajamos bajo mandato directo de los gobiernos, con una capacidad ejecutora y técnica escasa, y así está previsto que continúe, por lo que colaboramos con otras agencias y organismos internacionales con el apoyo de la cooperación española.

Desde este lugar apunto algunos aspectos que percibo en la evolución reciente de la AOD española. El primero es destacar la buena valoración que tienen los gobiernos de América Latina de la cooperación española. La labor de la Agencia concretada a través de las OTC es, en general, apreciada por gobiernos de todo signo a partir de un trabajo serio y leal.

Por otro lado considero que la opción por canalizar el grueso de los nuevos recursos de la AOD a través de agencias y organismos internacionales ha resultado excesiva. Detrás de esta elección se encuentra la combinación de la apuesta política por lo multilateral con la necesidad de buscar ejecutores de recursos, mientras España reformaba sus instituciones. Ciertamente, las agencias internacionales tienen un papel importante en la gestión del conocimiento, el intercambio de experiencias y el impulso a iniciativas regionales. Sin embargo, y refiriéndome al caso de América Latina que conozco mejor, resultaría más eficiente equilibrar este crecimiento con el de la cooperación bilateral y la que se realiza a través de ONGD y de mecanismos de integración y concertación intergubernamentales, subregionales o regionales.

Finalmente, a estas alturas de la legislatura parece que la reforma del sistema de cooperación español se ha quedado a medias. No es objeto de este artículo realizar un análisis profundo de este hecho. Cabe anotar en cualquier caso lo evidente: que resulta imposible gestionar el doble de recursos con el mismo personal. La batalla de los recursos humanos en la cooperación, impregnada de precariedad, corporativismos, cambios constantes y recovecos administrativos, parece que se ha perdido de nuevo. Por otro lado, la rotación y movilidad entre sectores —ONGD, academia, gobierno central, administración descentralizada y organismos internacionales— apenas ha avanzado y se ha quedado reducida a unos pocos casos.

Una situación lamentable, entre otras razones porque España cuenta hoy con un numeroso colectivo de profesionales bien preparados que atesora lo básico para dedicarse a esto: vocación, compromiso, experiencia —en terreno y en instituciones varias— y formación específica.

En lo referido a la formación, cursos como el Magíster e instituciones como el IUDC han sido y son cruciales. Realizar el Magíster hace 19 años me permitió adquirir fundamentos teóricos esenciales y un conocimiento notable del ancho mundo de acuerdos, instituciones, instrumentos y actores de la cooperación internacional para el desarrollo. Nuestro trabajo es complejo y exigente y, al menos, debemos aportar consistencia y seriedad a lo que hacemos. El Magíster ha sido una gran ayuda para ello.

Tal vez haya ahora un exceso de oferta formativa, alguna de dudosa calidad. Nos encontramos además en tiempos de contracción de los recursos y de la demanda de profesionales en un sector con una capacidad de absorción de profesionales en retroceso. Por otro lado la cooperación para el desarrollo y la lucha contra la pobreza se enfrentan a nuevos desafíos, sin ser el menor de ellos la vieja fatiga de la ayuda que cobra nuevos bríos y que solo se podrá

enfrentar combinando el sentido común, la concentración en lo que sabemos hacer mejor y una dosis justa de innovación y frescura.

En este contexto, creo que la formación en el campo de la cooperación internacional debería apostar por menos y mejor. Una oferta de cursos que apunten a la excelencia, con profesorado nacional e internacional y que combine una buena base en desarrollo y cooperación con una mayor especialización tanto en sectores, técnicas e instrumentos como en habilidades y competencias. La cooperación para el desarrollo ha evolucionado y los conocimientos sobre nuevos actores son tan necesarios como lo es contar con profesionales formados en las últimas técnicas de evaluación. Por otro lado, regiones como América Latina están desarrollando su propia oferta formativa e investigadora en cooperación, un hecho que ofrece oportunidades de intercambio y colaboración.

La oferta formativa debería evolucionar en esta dirección sin olvidar que no solo se trata de formar buenos técnicos sino profesionales con vocación, que sepan ubicar sus conocimientos y habilidades en un marco político complejo con nuevos y viejos desafíos que influyen en aquello que queremos enfrentar: la pobreza y la injusticia.